

LIWÛNA Y KAIÐÔH, UNA NOVELA DE ALMAS
(FRAGMENTO)
DE: PAUL SCHEERBART

UNA VERSIÓN DEL IDIOMA ALEMÁN¹

DOI: 10.24142/unaula.n45a11

ALEXÁNDER
VELÁSQUEZ LÓPEZ*

* Filósofo de la Universidad de Antioquia - Magister en Hermenéutica Literaria de la Universidad Eafit Ha publicado en Medellín el poemario *Las puertas de Tannhäuser* con Vásquez editores. Trabaja con SEDUCA. Correo electrónico: presocratico2013@gmail.com

A. PREÁMBULO DEL
TRADUCTOR

Bajo una ventisca de embriagantes flores de jazmín, vaga por entre las estrellas Kaidôh: gigante cuyo cuerpo portentoso –hecho de una materia más sutil que el aire– es capaz de trasegar los vastos espacios estratosféricos. Pese a su naturaleza prodigiosa, Kaidôh apenas sí tiene conciencia de quién es y cuál sea su propósito en la vida; embotado entre jazmines narcóticos, está tan dispuesto a despertar

¹ Se tradujo de: Scheerbart, P. (1902). *Liwûna und Kaidôh, Ein Seelenroman* (Archivo PDF). Recuperado de: <http://www.archive.org/search.php?query=creator%3A%22Scheerbart%2C%20Paul%2C%201863-1915%22>

como a olvidarse de sí mismo en medio de la embriaguez. De pronto irrumpe de las profundidades una carcajada estruendosa. (La procedencia de esta risa cósmica y su causa quedan por el momento sin respuesta.) Sólo cuando semejante estruendo enmudece, aparece Liwûna –otro ser todavía más portentoso, pues es capaz de crear *ex nihilo* mundos virtuales–; además, como suele ocurrir en los cuentos de hadas, es también la mujer que Kaidôh “había esperado por largo tiempo”.

Así podrían resumirse las primeras líneas de esta novela *Liwûna y Kaidôh, una novela de almas*, (*Liwûna und Kaidôh, ein Seelenroman*) (1902). Se trata de una breve historia calada de extravagante fantasía que bien puede lindar con lo grotesco y ridículo; pero siempre dentro de las fronteras del sueño. Paul Karl Wilhelm Scheerbart, su autor, la publicó a principios del siglo XX en lo que por aquel entonces era una pujante Alemania industrial. Un poeta y novelista, un antimilitarista que enseñaba el *amor cósmico* en sus obras, Paul Scheerbart nació en 1863 en la ciudad de Danzig, que hoy pertenece a Polonia; moriría en Berlín en el año 1915, en días de la Primera Guerra Mundial. Hizo estudios en filosofía e historia del arte y participó del estimulante ambiente de las ‘vanguardias’. Frecuentaría cafés y salones donde las doctrinas y teorías estéticas, así como las discusiones sobre los últimos hallazgos científicos, servían de acicate a la nueva *intelligentsia* de una Alemania en pleno fervor del Segundo Reich. Scheerbart también fue ilustrador y diseñador aficionado de una imposible máquina del tipo *móvil perpetuo*, pues como muchos de sus contemporáneos padecía una fascinación por el acelerado progreso técnico de las máquinas. Como entusiasta vocero del uso arquitectónico del cristal en las edificaciones modernas, Scheerbart compartiría intereses intelectuales con su amigo el arquitecto y publicista Bruno Taut, reconocido talento en la aplicación del cristal en el urbanismo. Colaboró asimismo con otros escritores que compartían pasiones e intereses afines secundando la empresa editorial *Verlag Deutscher Phantasten*.

Pero a pesar de que la economía de su país era boyante, Scheerbart sufrió penurias económicas que se agravaron durante los últimos años de su vida hasta el punto de padecer de la física hambre. Incapaz de sostenerse por sus propios medios en la gran urbe de Berlín, la provinciana isla de Rügen en el mar Báltico fue su asilo provisional. A propósito, hay una cuarteta suya que recoge su temple anímico ante las constantes afugias:

*Provista esté mi cena,
Aun si la noche pasa taciturna.
Y que la picardía se mantenga
Aunque todo se hunda².*

Walter Benjamin escribiría a lo largo de los años algunas de las notas más agudas sobre la obra de Paul Scheerbart; la primera fue una reseña de *Lesabéndio, una novela de asteroides* (*Lesabéndio, ein Asteroidenroman*) (1913), cuyo argumento versa sobre los *palasianos*: una civilización extraterrestre de cuasi inmortales que habitan un asteroide llamado Palas. Fue por medio de este libro que el cabalista Gershom Scholem lo introdujo en la obra del anónimo Scheerbart, a manera de obsequio de bodas en abril de 1917. Por otra parte, no estaría de más mentar otra de sus obras tan breves como olvidadas, *Cervantes* (1904). Bajo el influjo de los románticos del siglo XIX, Scheerbart, como tantos otros escritores alemanes, sostuvo una especial simpatía por el autor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (1605-15); y esto es un asunto por considerar si nos aplicamos a la naturaleza de los estilos y motivos de sus relatos.

² Heiter sei mein Abendessen,
Wenn's zur Nacht auch traurig geht.
Und der Spott sei nie vergessen,
Wenn auch alles untergeht.

Es evidente que el tiempo y la crítica le han negado a Paul Scheerbart una membresía en los clubes de ‘muertos ilustres’ de la literatura alemana; más aún, sigue ocupando hasta el día de hoy un segundo plano de entre los representantes del género fantástico y de ciencia ficción, siendo ya este un club marginal de suyo. Desde un punto de vista canónico, Scheerbart estaría a la zaga de un escritor de ciencia ficción como Kurd Lasswitz, y ni hablar de otros como E. T. A. Hoffman; es pues razonable que lo desconozcamos en nuestro país. Pero incluso sus coterráneos, con quienes coincidía en camarillas y tertulias, habían empezado a olvidarlo en vida cuando le apodaron el “payaso sabio”: anécdota que delata una vez más la muy humana insidia que se solapa en el mundillo de los cenáculos.

Al uno preguntarse por qué intentar hoy en día una traducción de Paul Scheerbart y además publicarla, acaso sería posible justificarse por medio de un juego de correspondencias: la curiosa semejanza entre el genio personal de Scheerbart y el nuestro propio –aunque colectivo como hablantes del idioma castellano– y cuyo carácter hispánico Miguel de Unamuno definió con estos rasgos: la exageración, la pasión y la intensidad emocional. Desde otra perspectiva, podría señalarse algo del carácter de nuestros personajes literarios en la persona misma de Scheerbart como escritor, a saber: desde la astucia desvergonzada de un Lazarillo ante las necesidades de alimento y techo, y pese a estas necesidades, hasta algo del fecundo candor intelectual de un José Arcadio Buendía. Como si fuera un personaje barroco, Scheerbart puede caracterizar tanto lo sublime como lo risible (pasando por lo trágico). Hay, sobre todo, como un dejo de quijotismo en su biografía: el fracaso continuo de Scheerbart en promulgar los ideales de un amor sublime y tenaz por el espíritu humano contra los valores militaristas y utilitaristas de su presente. Desde el idioma

alemán esta semejanza tal vez carezca de sentido, o a lo sumo tenga otra apariencia, pues cada idioma guarda su genio propio y el estilo hiperbólico en *Liwuna y Kaidoh* difiere del de nuestra tradición literaria; Scheerbart se nutre por supuesto del romanticismo germánico y en concreto de la fantasía extremada de los relatos del barón de Munchausen. Guardando las proporciones, podría decirse que –y volviendo a nuestro punto de vista– el espíritu de sus novelas es más cercano a la profusa fantasía de *Amadís de Gaula* (1508) que a las recias ironías de *El Quijote*. A propósito de puntos de vista, tal vez sería mejor que se considerara esta novela como una simple alegoría si se comparte lo que dijo Calderón de La Barca sobre el significado de dicha figura retórica: “La alegoría no es más / que un espejo que traslada / lo que es con lo que no es, / y está toda su elegancia / en que salga parecida / tanto la copia en la tabla / que el que está mirando a una / piense que está viendo a entrambas.” La exposición de esta idea desborda sin embargo las posibilidades de esta nota.

Casi siempre hay sesgo abusivo cuando se presupone que el traductor sea el lector más competente para hacer una crítica de la obra que tradujo o, por lo menos, aquel que mejor podría distinguir su valor intrínseco, pues se supone que ha ganado una familiaridad con ella a través de estudiosas lecturas. Pero la familiaridad no implica ‘entendimiento’ y esto puede observarse sobre todo en nuestras relaciones personales. Más que en un recetario o en un plan guía, más que en un manual sesudo o en un veloz diccionario, esta traducción se confió en el olvido activo de cualquier especie de molde; ciertamente este *Seelenroman* no se asemeja a cosa alguna en castellano. Es muy plausible que la manera más eficaz y adecuada de traducirlo –y esto se dice con sinceridad– sea seguir el actual modelo del mercado cuya escritura entretenida y liviana se aplica en novelas de dragones

y de logias de magos, de héroes narcisistas y de fantasías distópicas para *frikis*. Pero, por otro lado, para una lectura a gusto es menester cierto silencio mental, o sea, debe leerse para el otro que habita en uno. Y esto no es posible en un mercado. En lo personal, simpatizo con los lectores hedonistas quienes desprevenidamente se solazan en la simple lectura de una fábula, como si solo conversaran con el libro, guardándose para el final alguna justificación, si acaso valiera la pena.

De las horas ociosas en compañía de *Liwúna y Kaidôh*, una novela de almas, del excéntrico escritor alemán Paul Scheerbart, comparto esta versión, más que traducción, de sus primeras páginas.

B. VERSIÓN

Nievan flores de jazmín.

Y yo voy flotando con absoluta parsimonia entre la nevada floral como si tuviera tiempo: siglos y siglos así entre olorosas flores.

El aroma embriaga, asimismo se oyen unas risas que se elevan hasta alcanzar la potencia de un brutal trueno.

Las carcajadas tronantes desfallecen sin embargo hasta ahogarse en las profundidades.

Y al punto se extinguen.

También desaparecen las flores de jazmín; las últimas se precipitan con rapidez.

La luna llena colma mi rostro con su luz. Me remonto cada vez más alto entre nubes blancas y esponjosas que también se bañan de luz lunar.

Mantengo el ágil ascenso con un simple movimiento de pies.

A lo lejos la luna empequeñece hasta convertirse en una tenue luminaria.

De este modo consigo apreciar los astros que me rodean por todas partes.

La oscuridad se cierne y los cuerpos celestes todos, aun los más pequeños, se hacen visibles.

Asciendo liviano a través de incontables estrellas titilantes y también por regiones tenebrosas donde pocas pueden atisbarse.

Es muy tranquilo.

Pero noto que hubiera algo a mi lado.

Se tratan de livianas y exquisitas túnicas, blancas y delicadas.

—¿Quién está ahí? —murmuro.

Y oigo una voz remota que dice:

—Tu mujer está contigo; la esposa que has venido anhelando por tan largo tiempo.

Y respondo en silencio:

—Ni siquiera recuerdo que hubiese añorado en algún momento a una mujer o a una esposa. En verdad, lo he olvidado por completo.

De pronto empiezan a despuntar los colores en el oscuro firmamento.

Asoman arremolinados cendales de nubes de color verde oliva. Luego detrás de los velos surgen unas manchas de color verde oscuro que se van redondeando y ora parecieran contraerse, ora dilatarse. Mientras tanto esponjosas nubes rosadas y radiantes caen hundiéndose en medio de ellas para inmediatamente suspenderse allí como algodón desaliñado, tan surtas como los antiguos sueños.

De las nubes en lo alto se desprenden flecos que se ensortijan hasta adquirir el grosor de una cabellera. Estos cabellos rubios van perdiendo poco a poco sus bucles hasta colgar en mechones lacios sobre redondos

discos de un verde oscuro, semejantes a ojos inmóviles. Ligeras nubes de un color verde oliva se mecen de un lado a otro. En completa calma se suspenden entre los brillantes cúmulos de nubes rosadas. La rubia cabellera se revuelve ante unos ojos verdes.

Cerca oigo lo que dice una voz que me es muy familiar:

—¿Aún ignoras quién está contigo? ¡Sólo mírame!

Así lo hago y veo que junto a mí hay una mujer de grandes ojos de un color verde marino. La reconozco, pero ninguna emoción me embarga; no hay afecto dentro de mí.

Ella permanece conmigo sobrevolando a través de los cúmulos de rosadas y radiantes nubes.

Hasta que los colores se desvanecen por debajo de nosotros.

—¡Yo no soy como tú crees! —exclama de golpe.

Muevo con energía los pies y asciendo como una flecha. Las estrellas que me rodean zumban como si estuviesen cayendo. Estoy exasperado.

Con todo, mi acompañante aún me sigue. Pareciera que la inercia me afectara.

Nubes coloridas nacen del negro cielo nocturno; esta vez son nubes purpúreas y doradas que se alargan en extensas formaciones por todo el ámbito, de manera que tengo la sensación de moverme dentro de un panal de hileras negras, rojas y doradas.

Me vuelvo hacia la mujer que me sigue y veo que tiene otro aspecto. Sus rasgos me son otra vez familiares; sus ardientes ojos castaños y sus mejillas encarnadas se encienden salvajemente hacia mí.

De nuevo agito mis pies y salgo disparado del panal de nubes.

Pero mi acompañante me sobrepasa, intimidándome.

Ahora exhibe coquetamente sus destacadas formas como hacen esas impresionantes damas que se dejan ver durante los carnavales.

Ella se antepone y susurra:

—¡Vamos, bésame!

No consigo ver todo su semblante; sólo su amplio cuello blanco y dos largas trenzas de color castaño que se mecen rozando su vestido amarillo de seda.

Me pongo a su altura para rodearle el talle y sujetar con mi izquierda su robusto brazo. Pero cuando lo intento, mi mano la atraviesa totalmente; esto la hace reír con picardía.

—Yo no soy de carne y hueso —dice entre risas—. ¿En qué estás pensando? Yo soy Liwûna. Y tú eres Kaidôh. ¿Aún no lo comprendes?

Y con disgusto respondo:

—¿Con que entonces soy Kaidôh? Bueno, claro, siempre sospeché que era alguien excepcional.

—¡Por supuesto! —exclamó ella— de otra manera no podrías volar tan hábilmente. Ambos estamos hechos de un material etéreo; en comparación, el aire es tan denso como el plomo. Observa lo que puede hacer tu resuelta Liwûna.

Diciendo esto se aproxima y saca de su ajuar amarillo de seda dos pesas enormes que parecieran ponderarse en cientos de quintales y las solivia hasta la extenuación.

Yo le pregunto a qué se debe todo este esfuerzo.

Pero mientras las sostiene en alto, las pesas se rompen dejando escapar del interior regimientos de facinerosos mezclados con deshollinadores. Tales personajes se ven tan diminutos y raros que me obligan a reír de buena gana.

—¿Ahora por fin te gusto?

Pregunta entonces sin rodeos.

Y esto me causa aún más gracia, pero al mismo tiempo vuelvo a mover los pies para huir a las alturas.

Detrás de mí la gigante pareciera perderse de vista; supuse que era incapaz de mantener la velocidad por su corpulencia. Pero me engaño porque, a pesar de que me desplace a un ritmo vertiginoso, pronto logra alcanzarme como antes.

—¡Tú no te me escapas! Susurra detrás de mí, con un tono de voz muy distinto.

Me vuelvo con rapidez para atisbar un rostro menudo, delicado y gentil cuyos ojos grises me contemplan tan serios y tiernos como haría un ser colmado de bondad.

Y prosigue:

—Quiero ser lo que tú quieras. ¿Acaso no te basta?

Hay tanto anhelo en esta súplica que me obliga a ser más condescendiente y digo con dulzura:

—Está bien, crea para mí nuevos mundos: completamente nuevos, que nunca haya concebido y jamás pueda concebir.

Entonces oigo la respuesta:

—Liwûna lo hace todo.

Y desapare en el acto.

Aunque oigo su llamada en la distancia:

—¡Kaidôh!, ¡Kaidôh!

Todo va oscureciéndose hasta que finalmente un manto de oscuridad cubre mis ojos.

Las tinieblas permanecen por largo tiempo.

Pero poco a poco algo se ilumina a lo lejos y atisbo una estrella que se asemeja a un diamante colosal con miles de aristas y de caras trabajadas con primor.

Al instante la estrella diamantina rota sobre su propio eje.

Y explota en colores.

Haces de luces cromáticas estallan en chispazos potentes y vistosos a través de la negra noche.

Sin embargo, tal iridiscencia hierde los ojos hasta la obnubilación.

¡Se trata de una brasa diamantina!

Una voraz hoguera multicolor cuyas aristas de bordes fastuosos y superficies relucientes sobrepujan en brillo continuamente entre sí.

Los destellos punzantes se tornan excesivos.

Me veo obligado a apretar los párpados.

No puedo tolerarlo.

Siento que Liwûna me hala; para impedirlo muevo los pies enérgicamente.

—No puedes soportarlo —dijo compasivamente.

Me voy poniendo muy ansioso; la desazón embarga mi pecho.

—No puedo soportarlo —repito ya sin fuerza.

Avanzamos juntos. Y cerrando los párpados de dolor le ruego entonces a Liwûna que me enseñe otros mundos que, por lo menos, tenga la capacidad de mirar.

Con atención deferente ella sigue hablándome durante un buen rato y solo entonces me atrevo a abrir de nuevo los ojos.

Me encuentro flotando sobre una oscura cordillera escarpada. Las encumbradas paredes rocosas se elevan tanto que se me dificulta distinguir entre la roca y el cielo. Oscurece cada vez más. Y debajo de nosotros todo se abisma y grises formaciones de niebla se revuelcan como serpientes en la profundidad.

—¡Ten calma! —me exhorta mi acompañante.

—Sé que buscas algo —prosigue— pero también sé que ignoras lo que estás buscando.

—Sí —protesto—, no sé lo que estoy buscando. Pero sí sé que algo busco. ¡Sólo lo intento!

Me envuelve una corriente fresca. Y aunque no vea a Liwûna, me reconforta su cercanía.

Descubriendo entonces una prominente abertura entre los acantilados de roca negra, puedo contemplar cómo asoma del interior un maravilloso reino verde.

¡Hay incontables hongos verdes! ¡Hongos de tamaño colosal con singulares sombreros, amplísimos y dentados! Y también hay muchas otras pequeñas setas de todos los verdes posibles. Una variedad de verdes llamativos y tóxicos, unos claros y otros oscuros, unos verdes mate y otros luciendo una auténtica vivacidad. Puedo contemplar con desahogo este mundo verde. La vista se sosiega por la prolijidad de sus matices.

Pequeños elefantes de piel blanca y con verdosas alas de libélula revolotean solícitos de hongo en hongo. Fluye por doquier la particular luz que emana de este mundo fungoso. Los blancos paquidermos saltarines enrollan sus trompas como si quisieran reír. Sin embargo, no lo hacen; al menos no puedo oírlos. Tal vez rían para sí mismos como los chiflados.

Me doy la vuelta para seguir flotando a través de un impresionante acantilado negro.

Los ennegrecidos peñascos apenas si descuellan por lúgubres. Toda luz proviene del abismo donde una niebla verdosa se acumula apretujada. No hay estrellas. El cielo permanece tan oscuro como las rocas.

Quisiera salir del negro cañón. Pero Liwûna lo impide. En el momento, su rostro de marfil luce pálido y terso. Entonces con su diestra señala una abertura redonda a través de la pared rocosa. Miro a través y de nuevo hay algo sorprendente.

Todo lo que hay allí es colorido y reverberante. ¡Un mundo de esplendores! Y ya no se tratan de flores o de hojas. Pareciese más bien que miles de miles de alas de mariposa revolotearan por todas partes. Pero no se tratan de alas, pues todas parecen demasiado gruesas. Los tonos azules y rojos son tan variados como los violetas y amarillos. Por lo

demás, tienen una nitidez arrebatadora, como la del esmalte que más me gusta. Y sus diseños están finamente engalanados con cuernos cimbrados y cintillas rizadas. Gigantescos escarabajos dorados se arrastran a través de los bosques de esmalte; ninguno vuela.

—¿Sigues buscando?

Pregunta Liwûna.

Pero no sé qué responder. Me siento sumido en un sueño confuso. He olvidado tantas cosas y sin embargo deseo recuperarlas.

Liwûna insiste:

—¡Kaidôh, Kaidôh!”

Sobresaltado trato de palpar en vano los contornos. Ni siquiera la negra piedra permite el contacto; las manos las atraviesan insensibles. Le doy la espalda a este mundo resplandeciente y muevo los pies para propulsarme, pero, aunque me remonto cada vez más alto, no alcanzo a superar el talud. De repente hay como un gran estruendo seguido del derrumbe de negros peñascos que se precipitan de todas partes al abismo.

Entonces asoma un mundo de espejos.

¡Y qué murallas de espejos! Espejos planos y curvos juegan entre sí desde diversos ángulos. Solo en la cima se disponen espejos rebujados y filosos.

Veo a Liwûna miles de veces multiplicada en ellos. Conserva aún su rostro marfileño y sus verdes ojos chispeantes. Y como una verdadera Medusa, pareciera asecharme desde todas direcciones.

Junto a Liwûna reparo en otra presencia.

—¡Él es Kaidôh! —dijo ella junto a mí.

Kaidôh luce un aspecto grave y sus ojos grises asechan desolados y alertas como un asaltante.

Kaidôh, asintiendo, empieza a hablarle a Liwûna desde los innumerables espejos.

Pero ¿de qué pudo hablar Kaidôh?

El tono de su voz, aunque astillado, suena seguro; es sin duda una sola voz singular.

Dice sin prisa como examinándose:

—La felicidad está siempre en lo otro. Por eso tenemos que convertirnos en otro y por tanto procurarlo. Si buscamos así, ignorando lo que queremos, es porque al hacerlo esperamos el encuentro con lo extraño y desconocido. Entonces lo que anhelamos es dar el Último Paso. Habitualmente nos confundimos. Sin embargo, no se trata de una transición fácil: debemos confiar en ese tránsito hacia lo otro bajo el espíritu que siempre nos asiste. Tenemos que olvidarnos de la identidad y salir de nosotros mismos para así apropiarnos de nuestro interior. Se trata de una historia tan excitante como trascendente; tanto como este disparate al que ahora tomamos por verdad. En los mundos de espejos vemos la verdad en la sinrazón y también la sinrazón en la verdad. ¡Todo está distorsionado y trastocado! ¡Reino de parodias! Pero así se nos presenta siempre el mundo cuando se revela desde muchas perspectivas. Tenemos pues que sentirlo y presentirlo en todas las cosas



• LIMONERO •

